

Una mujer, la mejor

Con amor a mis sobrinos Sara y Adrián, y en memoria de Liliana y Marito.

Me voy a referir al caso de Liliana Sofía Barrios. Lo primero que me viene a la memoria es su ancha sonrisa.

Liliana fue secuestrada de su domicilio, frente a sus hijos aún muy pequeños, los primeros días de abril de 1976, cuando vivíamos la época más cruel que conoció nuestra historia argentina.

Ella, Liliana, era por sobre todas las cosas una excelente madre. Su vida giraba

alrededor de los suyos, y a la hora de ser solidaria, con gesto tímido y humilde pero firme, lo era apoyando las tareas populares, en el barrio, en el compartir las tareas de su esposo, que era gremialista, sin abandonar en ningún momento su más valioso tesoro: su familia. En el momento en que se la llevaron, contaba tan sólo con 21 años, ya tenía tres hijos: Sara, Adrián y Marito, y estaba embarazada de 4 meses.

En cuanto a sus orígenes, puedo decir que eran muy humildes. Tenía alrededor de once hermanos. Su padre era cartonero y su mamá, ama de casa. Todos vivían en una casa muy pobre. Liliana nació en Villa Madero, en Buenos Aires. Su cumpleaños es el 7 de junio.

Estuvo 27 años desaparecida, hasta que fue identificada (*el segundo caso*) por el Equipo Argentino de Antropología Forense, en las fosas comunes del Cementerio San Vicente. Para nuestra familia se cerró una



Adrián y Sara, señalan en la foto a su mamá Liliana.

Ramiro Pereyra

historia de incertidumbres. Ya sabemos dónde está y cómo fue asesinada a quemarropa por el terrorismo de Estado. Pero a la vez se abre otro capítulo, el de la memoria y la verdad. Durante 27 años me resistí a creerla muerta. Creía que estaba viva en algún lugar y que volveríamos a vernos, a tomar mate, a abrazarnos fuerte y a charlar mucho durante largos días felices como los que vivíamos juntas.

Pero no, esta posibilidad ellos me la quitaron, como arrasaron con tantos hermanos de nuestro pueblo. Se llevaron la mejor gente de este pueblo. Liliana era una de las mejores, quien la conoció, puede asegurarlo.

Tal vez mi visión como familiar esté teñida por el inconmesurable afecto que le tuve y no sea objetiva; pero cuento con el valioso testimonio de sus vecinos y de los compañeros que la conocieron.

Los secuestrados, detenidos desaparecidos, exiliados, asesinados y familiares no somos gente de otra galaxia. Ellos y nosotros somos como cada uno de ustedes: la vecina, el estudiante, el obrero, la gente de los barrios, los profesionales, los desposeídos, todo el pueblo.

Tenemos 30.000 razones para seguir levantando las banderas concretas de la verdad, la memoria y la justicia.

Rosa Castro

Niña naciendo a mujer. Liliana Nera su nombre: un nombre común para quien no lo era. De baja estatura, ojos vivaces, manos pequeñas, no hubiera llamado tanto la atención su figura menuda si no hubiera estado acompañada por tanta fuerza y convicción, por tanta fe y tantos sueños. Serena, callada, muy alegre, su fina sensibilidad por el sufrimiento humano la tornaba tierna y segura.

Y en medio de la realidad febril de los fines de la década del '60, comenzamos a compartir espe-

ranzas en la Parroquia de Barrio Oña. Y en ese hacer y deshacer caminos, hicimos realidad vida, fe y entrega, buscando el rostro de Cristo Vivo tanto en las sonrisas como en las lágrimas, con la certeza de que con Dios es a todo o nada, la mediocridad y las medias tintas no valen, no dan fruto. Esta era la catequesis que transmitíamos a los niños del barrio, guiadas por los sabios consejos de nuestro querido *Pelado Angelelli* y la compañera en nuestra marcha de los curas Antonio Gil (irlandés), el Cu-

ra Vasco, Víctor Acha, y tantos otros que con generosidad nos entregábamos a la construcción de una sociedad más justa.

Liliana, hoy seguimos creyendo, como ayer:

- Que sólo los sueños nos mantienen vivos.
- Que sólo los sueños nos hacen volar, cuando apenas nos arrastramos.
- Que sólo los sueños en la construcción del hombre nuevo nos apuntalan la fe y le dan sentido a la Resurrección.

Leticia y Olga Acosta